

TRES

PRIMERAS LETRAS Y POETICISMO

Aunque mis inquietudes literarias encarnaron en cierta precocidad y su aptitud de pararse de puntas, no fue sino hasta la etapa en que viví con mi abuelo, cuando se manifestaron de manera imperiosa e intransferible. Antes de conocer a Eduardo Lizalde, había escrito un puñado de poemas, adolescentes unos, balbucientes los más, que reuní en un pequeño libro (publicado en Sonora en 1947) intitulado Luz y silencio. Recuerdo que la confección de este texto niño me condujo, no sólo a la creación poética "profesional", sino a la simultánea y permanente reflexión sobre el acto creativo. Nunca he sido como el jilguero o el turpial que sueltan su canto sin saber por qué cantan, que gorjean sin preguntarse por el origen interno y externo de su capacidad. Yo canto, sí, pero no puedo dejar de preguntarme por qué lo hago, para qué lo hago y cómo lo hago. Quizás, en esto, el filósofo que hay en mí le mete una zancadilla al poeta. No sé. Pero después de que, en un primer momento, he emitido ciertos sonidos o dispuesto en tal o cual forma unas frases, la inquisición por los resortes últimos (psicológicos, sociales y formales) de mi quehacer poético, me hacen iniciar, en otro momento, un nuevo

acto creativo en un nivel menor de inocencia. No sé si resulta un disparate o un acierto este constante afán de hacer algo así como la crítica intelectual del sencillo pájaro que abre la garganta para darle luz verde a la belleza. La insistente pregunta sobre el origen de mis poemas, me llevó a la reflexión sobre la poesía, esto es, a la Poética. Y esta última me condujo a elaborar con Eduardo Lizalde, la teoría poeticista. Me voy a detener un momento en esta teoría, y en la corriente de poetas a ella asociados, por varias razones: en primer lugar en virtud de que por lo menos cuatro de sus integrantes "figuran" de manera más o menos relevante en el panorama de la poesía mexicana contemporánea. Marco Antonio Montes de Oca, Eduardo Lizalde, Arturo González Cosío y el que esto escribe. Marco Antonio y Eduardo han negado y renegado de su origen. El caso más nervioso y compulsivo de la necesidad de rechazar su pasado, como quien borra apresuradamente las huellas de un crimen literario, es Eduardo Lizalde, el que, en un texto que porta el elocuente título de Autobiografía de un fracaso, se da a la ingrata tarea de demostrar la invalidez y torpeza de una teoría que nadie conoce y que, por ello, nadie ha pedido su enjuiciamiento histórico. Pero dejemos aquí este tema a reserva de retomarlo con posterioridad de manera más profunda y detallada. Lo cual no pude realizar sino mucho después en el opúsculo denominado Reflexiones sobre la poesía de 2013. No es

descabellado del todo pensar -en contra de lo que afirman Eduardo y Marco Antonio, que la obra de ambos es, en cierto sentido, más poeticista hoy en día que en el pasado, y que otro tanto acontece conmigo. Se podría argumentar que la creación poeticista pretendía generar, en nombre de la creatividad poética, una serie de "hallazgos" (que asumían la modalidad de metáforas, imágenes y todo tipo de tropos) para producir un resultado estético cada vez más concentrado y emotivo. Pero buena parte de los poemas escritos por Marco Antonio, Eduardo, Arturo y yo mismo en la etapa poeticista, llevaban el sello inconfundible de lo grotesco, porque la técnica poética, devenida en una "mecánica de las metáforas e imágenes", no estaba puesta al servicio de un "discurso lírico" intencionado y coherente.

Como la obra actual de los cuatro ha roto con este desfase entre la forma y el contenido, entre la técnica y la temática, no es un disparate concluir, a partir de lo anterior, que Eduardo, Marco Antonio, Arturo y yo éramos deficientes poeticistas de jóvenes y que ahora, al evitar lo grotesco, y al poner en consonancia el procesamiento y la temática, somos mejores poeticistas. Aunque no es del todo justo este hipotético punto de vista, por las razones que diré, creo que visualiza un importante aspecto del problema. Mi opinión es que la obra completa de Eduardo, como

la de Marco Antonio, como la de Arturo, como la mía, llevan la impronta del poeticismo. No quiero decir que se reduzcan a él, que continúen gestándose bajo los cánones, principios o supuestos -algunos de ellos realmente ingenuos- de la teoría de marras. Los cuatro poeticistas, ahora expoeticistas, hemos recibido otras influencias, tan significativas o más que la poeticista; los cuatro nos hemos preocupado por volcar en nuestros poemas el sello más íntimo de nuestra propia personalidad. Pero la influencia de nuestro pasado en nuestro presente me parece, pese a todas las observaciones en contra, un hecho incuestionable.

El nombre de poeticista buscaba contraponerse al de poeta. Si este último era el "vate", el "portaliras", el mirlo que canta de manera espontánea sin saber por qué, cómo y para qué lo hace, el poeticista encarnaría, suponíamos, al escritor reflexivo y apasionado por el discurso intrínsecamente poético y todas sus implicaciones. El primero era el poeta inconsciente, el segundo el poeta consciente de su quehacer cotidiano. La poesía Poeticista tenía la pedantesca pretensión de comenzar donde terminaba la poesía tradicional. El poeticista debía ser la unidad en un todo del poeta y él crítico, del lírico consciente y del esteta. La síntesis que ocasionalmente se daba en algunos escritores, debía ser el atributo de todos y cada uno de los que se definieran como

afiliados a la corriente. La integración del trino y la reflexión, del poeta y el crítico en un solo individuo, nos parecía el camino seguro para la constante superación de la creación poética. Estábamos en contra de dejar a la "intuición" -tan sospechosa para nosotros como la inspiración- el papel de, una vez escritos o publicados ciertos poemas, advertir sus posibles fallas, limitaciones o tropiezos. Queríamos sustituir la "intuición" por una "lógica poética", para garantizar, en la medida de lo posible, un viaje en permanente acto de ascensión. Por eso pensábamos que el poeta consciente, el lírico-y-al-mismo-tiempo-esteta debía normar su operación creativa en tres principios fundamentales: la originalidad, la complejidad y la claridad. La primera era interpretada por nosotros, feligreses convencidos de la novedad, como la urgencia imperiosa de instalarnos perpetuamente en trance de búsqueda. Nada de repetir a los demás y de repetirnos a nosotros mismos. A la complejidad la veíamos como el método más seguro para obtener esta originalidad, para ser permanentemente distintos y también para dar a luz, animados por un ansia de creatividad, un plexo tal de alusiones, ilusiones y relaciones en nuestros versos que no pudiera dejar de producir en el lector una imborrable sensación de riqueza. Pero la complejidad, la opulencia metafórica, las figuras literarias, plagadas de multitud de asociaciones y referencias, iban frecuentemente de la mano de la

ininteligibilidad. Si la complejidad, pensábamos, era un tesoro, la oscuridad que normalmente la acompañaba era un cofre cerrado a siete llaves. De ahí que junto a la originalidad y la complejidad, eleváramos a la claridad al rango de principio. En la actualidad no estoy de acuerdo con ninguno de los tres enunciados. La originalidad elevada a canon puede interpretarse, y generalmente así se interpreta, como la persecución de la novedad por la novedad, como "dilettantismo, como avidez, no de una obra consolidada y profunda, sino de rupturas y diferenciaciones artificiales y huecas. El principio de la complejidad puede conducir a la idea de que riqueza es igual a amontonamiento o que belleza es igual a complicación, lo cual la mayor parte de las veces no es exacto. La exigencia de claridad, por otro lado, también tiene sus bemoles: tomada literalmente puede significar la desaparición del misterio, la ambigüedad o la incertidumbre, grandes temas humanos que, excluidos del discurso literario, lo tornarían fútil y superficial. El peligro de la claridad es, pues, convertirse en obviedad y chabacanería. No obstante este breve enjuiciamiento crítico de los "tres principios poeticistas", había algo en ellos, mal dicho y peor realizado, que contenía su gránulo de verdad. En la etapa actual de mi creación poética reduciría esos tres principios a solo dos: identificaría los primeros, el de la originalidad y el de la complejidad (o creatividad) con el de personalidad poética y el de claridad con el

de eficacia expresiva. El principio, si queremos seguir hablando en estos términos, de la personalidad poética rechaza, de la noción de originalidad, la ruptura por la ruptura, la avidez de novedades; y hace a un lado, del concepto de complejidad, la mecánica identificación entre riqueza y complicación. Pero conserva de aquellos enunciados las ideas de originalidad y creatividad en el sentido y bajo el requerimiento de una producción que traiga consigo la novedad, la diferencia de una aportación, esto es, de una objetivación creativa de la personalidad. El problema no es cuantitativo sino cualitativo: el gran poeta es el que, entra otras cosas, se diferencia por su "noto personal" de sus antecedentes y consecuentes. La exigencia de eficacia expresiva, por su parte, rompe tajantemente con la tendencia hacia la obviedad y con toda "hermenéutica" simplificadora; pero conserva en el fondo algo implícito en el tercer principio: la necesidad de armonizar medios y fines, fondo y forma.

¿Cómo concebíamos Eduardo y yo los dos principios poeticistas iniciales? ¿Qué deberíamos hacer para garantizar que nuestra poesía fuera original y compleja? La respuesta a estos interrogantes, la ofrecíamos en una poética elaborada minuciosa y sistemáticamente.

Aunque algunos de los capítulos del libro los discutí con Eduardo, la mayor parte de la obra la escribí yo solo y nunca fue conocida en su totalidad por mi compañero de letras.

La teoría poeticista partía de la convicción siguiente: no sólo la métrica y la rima integran los aspectos formales de la poesía, sino que existen otros elementos, generalmente considerados como formando parte del contenido o la materia, que pueden y deben ser agrupados dentro de dichos aspectos formales. Este punto de vista llevaba a dos conclusiones íntimamente vinculadas: la primera consistía en afirmar que estos ingredientes formales (inmersos aparentemente en el contenido) eran susceptibles, como todo elemento formal, de reglamentarse; la segunda llevaba a la idea de que no sólo hay una lógica formal, que hace suyas las leyes que determinan la estructura del pensamiento, sino una lógica poética.

Si la cuna de la raya es el punto, si la célula es la unidad de base de la colonia o el tejido, la metáfora (y su estructura de semejanza y diferencia) constituía el arranque de la construcción poeticista. Yo escribí, allá por los 17 años, un libro de más de quinientas páginas, con el título de La teoría poeticista, en que tenía la pretensión de exponer con detalle, rigor y paciencia las vicisitudes de una lógica de la poesía. Conservo todavía dicho libro y la verdad es que no sé qué pensar de él. Creo que se trata

de un mamotreto en que se mezclan, en diversas dosis, la ingenuidad y la intuición, la ignorancia y la clarividencia, la ambición desmedida y la incapacidad de vuelo. No tiene sentido publicar el libro como está. Tampoco, sin embargo, que se pierda en el olvido o en las manos ejecutoras de un estado de ánimo destructivo. Lo mejor sería rehacerlo. Cercenarle pacientemente todas las excrescencias de ingenuidad, pedantería e ignorancia y dejarle y aun robustecerle sus partes más lúcidas e inquietantes. Pero estoy convencido de que nunca haré tal cosa. Mis inquietudes actuales, mis proyectos, mis nuevas jerarquizaciones me impiden volver los ojos a este hijo ¿engendro, aborto, vástago prometedor?, que probablemente esté condenado a perderse. A-veces, sin embargo, concibo una idea que no es, pienso, del todo descabellada y que puede salvar al manuscrito de las fauces de la destrucción: publicar una selección de textos de la Teoría poeticista y precederla de un prólogo que explique el propósito, las limitaciones y el sentido de los textos antologizados, amén de intentar ubicarlos en el espacio, el tiempo y la generación en que fueron pergeñados. ¿Llevaré a cabo tal proyecto? No lo sé. Pero hay una serie de argumentos y motivaciones que se hallan en lucha contra el desgano y que no es del todo imposible que pudieran salir triunfantes.

He sido siempre desorbitadamente ambicioso. Una parte de mí mismo está presta a involucrarse en grandes empresas, sueños casi inalcanzables y fantasías colgadas frecuentemente en el perchero de lo imposible. Pero soy perseverante como el que más. Hago proyectos cuya realización, en el caso de ser factible, llevaría años y, sin arredrarme las dificultades, el tiempo y las incomprendiones, pongo manos a la obra y por lo general llego al término de un propósito. Este fue el caso, ya desde la adolescencia, de la redacción de mi Teoría poeticista. Es el caso también de mi proyecto filosófico de la Revolución Articulada y de mi plan poético y ahora, en la última etapa de mi vida de lo que he dado en llamar cuentemas y novelemas de deletrear el infinito de los que hablaré posteriormente. He sido siempre, además (lo sigo siendo, lo seré mientras viva), tremendamente inseguro. Pero, afortunadamente, en general la inseguridad se me revela después de la creación (o de la obtención de un proyecto) y no antes. Es una actitud vacilante a posteriori, no a priori. Las dudas del valor o la importancia de lo que hago, de lo que emprendo, de lo que pugno por dar a luz, no me embargan antes del acto creativo o durante el proceso de gestación, sino *post festum*. Esta es la razón por la que, por así decirlo, ejercito mi capacidad progenitora con facilidad, sin titubeos, sin incertidumbres; pero milo con sumo recelo a mi progenie intelectual y con frecuencia me gustaría, si no devorarme a mis

hijos como Saturno, al menos desentenderme de ellos, desconocerlos, dejarlos a la mano de Dios. La Teoría poeticista, como los poemas poeticistas, la llevé a cabo con gran entusiasmo, con indecible convicción, pero una vez terminada, una vez consumado ambicioso proyecto (a fuerza de perseverancia), sentí más que el entusiasmo de la paternidad, el incendio del escepticismo. Resultado de ello, tal vez para bien, es que en lugar de buscarle un editor al mamotreto, le busqué un buen sitio en el cajón de mi ropero.

EL JOVEN EDUARDO LIZALDE

Eduardo Lizalde fue el amigo más íntimo que he tenido. Diferencias políticas, concepciones distintas de la vida y una serie de vicisitudes, a las que aludiré con posterioridad, nos han acabado por distanciar definitivamente. Pero en nuestra época juvenil y poeticista, y en años posteriores, fuimos compañeros inseparables, camaradas en proyectos y correligionarios en política. Eduardo era un joven delgado, ágil, fuerte, de mirada profunda. Si algo me atraía de él era su inteligencia penetrante y rápida y, sobre todo, una envidiable sensibilidad artística que lo mismo podía manifestarse en la pintura (tenía indudables facultades para el dibujo), el canto (poseía una bella voz de barítono), la prosa y la poesía. Nos conocimos en la Escuela Nocturna de música en la que yo estudiaba para ser el mejor director musical del globo terráqueo y él el más grande cantante del universo mundo. Desde el principio se estableció entre nosotros una enorme afinidad de ideas, inquietudes y vocaciones. Después de nuestras clases en la Escuela de Música, Eduardo y yo nos íbamos habitualmente a comer algo -por lo general en un café de chinos- y a conversar durante horas y horas sobre todos los tópicos habidos y por haber. En una época

en que se es especialmente receptivo, Eduardo influyó decisivamente en mi manera de ser y actuar y yo probablemente dejé asimismo ciertas huellas en su carácter. Siempre he pensado que nuestras inteligencias eran muy diferentes: la suya, extremadamente ágil -mientras yo iba, él venía de regreso- comprensiva -captaba de golpe y con facilidad todas las facetas de un problema- y claramente discursiva -sabía recorrer sin tropiezos de las premisas a las conclusiones. Era una inteligencia, además, paradójica e imaginativa. Amante de las antítesis y los contrastes, tenía la capacidad, a la mitad de una reflexión o un debate de ideas, de cuestionar las premisas y cambiar violentamente de terreno. Dueño, entonces, de un entendimiento tan ágil y libre como el descrito, podía imaginar, ante mi asombro o el de varios interlocutores, presupuestos diversos a los comúnmente aceptados y planteaba una estructura lógica congruente en menos que canta un gallo.

En ocasiones, las virtudes intelectivas de Eduardo se convertían en sus peores enemigos. Acostumbrado a entrar en el campo de las disquisiciones como Pedro por su casa, descuidaba la infraestructura informativa de sus proposiciones y bordaba, con maestría de orfebre, en el vacío. Por eso daba a veces la impresión de pedantería. Cuando en las luchas políticas, a las que me referiré más adelante, le asistía la razón, su defensa de

tales o cuales puntos de vista, resultaba avasalladora y brillante; cuando, en cambio, no estaba en lo justo, porque no quería o no podía tomar en cuenta ciertos hechos, su discurso sonaba especialmente hueco y superficial: la inteligencia, con su juego de espejos, lejos de ocultar sus falacias, las volvía más potentes, como sofismas envueltos en estentóreas sonoridades. Con el paso del tiempo, creo que la inteligencia de Eduardo se ha retirado sigilosamente de toda pretensión teórica y filosófica -sus escritos políticos me parecen particularmente frágiles y se ha concentrado, en armónica vinculación, con el acto poético, donde ha mostrado para bien, su sagacidad, profundidad y perspicacia. Mi inteligencia era más lenta y desgarbada, más miope e insegura. Pero más sobria y cautelosa.

UNA PALABRA EN BÚSQUEDA DE SU SENTIDO

El poeticismo no era sólo una teoría poética, sino que iba acompañado de una práctica existencial, un *modus vivendi*. Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, Arturo González Cosío, Graciela y Rosa María Phillips, David Orozco Romo y yo nos dedicamos durante algunos años a incomodar modestamente a nuestro entorno y a recoger entusiastas la cosecha de nuestro "escándalo". O simplemente a divertirnos como enanos. Organizábamos periódicamente unas "veladas" (ignoro cuál sea el mejor nombre con el cual podrían ser designadas estas reuniones: encerronas, fiestas, happenings, ritos...) a las que Marco Antonio Montes de Oca aludió, cuando aún veía con ternura su juventud poeticista, de manera chispeante y regocijada en unas páginas autobiográficas de hace tiempo. En esas fiestas estaba prohibido el alcohol. No así las leches malteadas. A la "filosofía" que privaba en ellas y al lenguaje con el cual se expresaba les dábamos el nombre de "gañeñe", que siempre fue algo así como una palabra en búsqueda de su verdadero sentido. El significado que más

frecuentemente -tenía, sin embargo, el vocablo "gañeñe" era el de un lenguaje pre-conceptual o, mejor, aconceptual. Algo así como convertir el canto VII de Altazor en regla de escritura y "comunicación". Yo escribí varios sonetos en "gañeñe". De ellos no recuerdo sino los siguientes endecasílabos:

Snigdo, belardordo cutresando,

ruizna, caznota ruizna, carroquerto...

En este estado de ánimo, a mi hijo Enrique los poeticistas le llamábamos Snigdo, a mi hija Graciela Ruizna y a mi hijo Guillermo Carroquerto. Como es lógico, estos sobrenombres "gañeñudos" no fueron del gusto de sus portadores y a la primera oportunidad que tuvieron se deshicieron de ellos como quien arroja de su ropa un animal venenoso. Las "piezas gañeñes" eran de dos tipos: las "canciones concretas" y las "representaciones abstractas". Las primeras -de las que era especialista el dúo conformado por Marco Antonio y yo- consistían en la selección, metamorfosis "gañeñuda" y libre interpretación de alguna canción popular de Agustín Lara, Alfonso Esparza Oteo, Tatanacho o Joaquín Pardavé. Nuestra creación máxima fue "Relámpago furia del cielo"... No "relámpago", palabra modernista de mala fama entre nosotros, sino la bella, concupiscente y nunca olvidada "relámpago". En las "representaciones abstractas" causábamos sensación Eduardo

Lizalde y yo. Eduardo lo hacía, siento, con algo de timidez, y ese era su mérito. Daba la impresión de que "actuaba" presa de pudor y mala conciencia. Yo era en cambio descarado, falto de toda timidez y pudor. Una de nuestras representaciones "gañeñes", del subtipo abstracto más aplaudidas fue el nacimiento del lenguaje. Eduardo y yo nos colocábamos al centro de la reunión en forma de trilobites. Movíamos un dedo y, de ser posible, una pestaña. Emitíamos dos o tres sonidos en voz baja generalmente con muchas eses y eles. Se iniciaba un tranquilo intercambio de sílabas primero y de palabras después. Subíamos de tono. Gritábamos, gemíamos, aullábamos. Presas de enorme agitación, en que se entreveraban gesticulaciones, manotazos al aire, movimientos bruscos y caóticos, nos íbamos acercando paulatinamente a una botella de cristal que teníamos entre nosotros. Y empezábamos a dialogar precipitadamente empleando "palabras" que comenzaban con la sílaba wis (wiswilabis, wistitlabis, wiskuit, wiswy) hasta que los dos, al unísono, efusivos, felices y tomando a cuatro manos la botella gritábamos: ¡whisky! Y todo mundo comprendía que el lenguaje habla nacido. Nuestras representaciones (el "lago de los cuervos", el "violín que crece" y otras), no eran la parte única ni central de la fiesta. Había otras fases de la reunión gañeñe - dignas de recordarse-. Ahí estaba, por ejemplo, el consabido "monopolio de la cena". Invariablemente los más audaces

tomaban por asalto la mesa y se adueñaban de las ricas viandas desplegadas a lo largo del mantel. Inútil resultaba la protesta de los hambrientos, los decentes, los de pocas pulgas. La confiscación era un hecho y sólo cabía -una serie de negociaciones, difíciles y complejas, con los monopolizadores. Ahí estaba también el cambio de nombre. Arturo dijo en alguna ocasión que su apelativo no era otra que el del Dr. Apicú Schöndeldeder. Todos menos uno. Esta es, el "invitado". En toda velada gañeñe, en efecto, había un "invitado". Era la contraposición entre lo esotérico de los iniciados y la ingenuidad del novato. Toda fiesta gañeñe estaba enderezada contra el invitado. Se trataba de excluirlo, marginarlo, hacer que se sintiera "gente normal" y que le pareciera insoportable serlo. Era en verdad una especie de rito iniciático en el que, si el invitado resistía la prueba, era asimilado sin más a la tribu gañeñe, pero en el que, si proseguía tercamente encaramado en su espíritu de seriedad o "complejo de normalidad" no volvía a ser invitado a ninguna velada. En ocasiones, los poeticistas consentíamos en hacer alguna representación gañeñe en un ambiente exógeno (esto es en alguna fiesta común y corriente) y era de verse entonces la perplejidad, el escándalo, la envidia, el coraje y la hilaridad que concitábamos. En una celebración extremadamente seria y burocrática de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM (donde yo fungía como Secretario)

y de la Dirección de Publicaciones (donde lo hacía Eduardo), Lizalde y yo aceptamos entonar un dúo gañeño. La impresión que produjimos fue inenarrable. ¡Dos jóvenes escritores, atildados burócratas, personas de honorabilidad sin mancha haciendo tales desfiguros y emitiendo tamañas estridencias! Algunos, sin embargo, se entusiasmaron. Se habló de sugerirle a Octavio Paz, a Juan José Arreola que se nos presentara con bombos y platillos en Poesía en voz alta. Todo se quedó, sin embargo, en veremos. Con una excepción: Emmanuel Carballo nos invitó al dúo gañeño Lizalde-González Rojo a mostrar nuestras "habilidades artísticas" en un programa de radio (subvencionado si mal no recuerdo por el Fondo de Cultura Económica) que él dirigía. En aquella ocasión, la presentación radiofónica estuvo constituida por dos números: por una breve, inteligente y como siempre graciosa intervención de Elena Poniatowska (a quien conocí entonces) y por una "canción concreta" (si recuerdo bien por ni más ni menos nuestro famoso "relámpago". no relámpago) y algunas fiorituras y variaciones que nos nacieron de improviso a pleno pulmón. Como no teníamos público frente a nosotros, sino sólo los micrófonos, los cables y la técnica indispensable para la radiodifusión, no nos pudimos percatar del efecto que produjo nuestra primera y última aparición en el aire. Llegó solamente a nuestros oídos que muchos oyentes pensaron que se trataba de un programa difundido desde la Castañeda, que los

patrocinadores del programa pusieron el grito en el cielo, que Octavio Paz escuchó no muy convencido nuestra intervención (a la que calificó -nos dijeron- de "una forma ya consabida de letrismo") y que estuvo a punto de costarle el puesto a Emmanuel Carballo... El gañeñe era, pues, el lado oscuro del poeticismo. Si el poeticismo era el Dr. Jekyll, el gañeñe era su Mr. Hyde. Si el pecado del primero era la solemnidad, la limitación del segundo era su carácter chocarrero, su enamoramiento del instante, de lo efímero.

PARA DELETREAR UN IMPOSIBLE

El poeticismo, se ha dicho, era una suerte de “vanguardia poética”. No obstante, sus feligreses nos colocábamos de manera expresa a distancia del surrealismo, dadaísmo, el futurismo, el ultraísmo y el creacionismo. En especial, considerábamos el poeticismo como una tendencia poética diferenciada tajantemente del surrealismo, el cual no nos convencía ni desde el punto de vista estrictamente literario y estilístico ni mucho menos, a la manera de Breton, Peret u Octavio Paz, como concepción del mundo.

Algo había, pese a todo, del surrealismo en las creaciones poeticistas (el libre juego de la imaginación, el onirismo, la "descomposición ontológica del mundo", etc.); pero las vías de acceso al ámbito "original, complejo y claro" de las "figuras poeticistas" no era ni el automatismo, ni el azar, ni la creación colectiva (el "cadáver exquisito"), sino, como dije, la lógica poética, nuestra llave maestra para internarnos en los campos sin roturar de la imaginación poética.

Los poeticistas no sólo nos dedicamos a una reflexión teórica sobre el quehacer literario, sino que emprendimos varios poemas, generalmente de dimensiones elefantiásicas, en los cuales pretendíamos encarnar nuestra teoría. Recuerdo, entre otros, varios textos de Eduardo, Marco Antonio y míos en que el tema central se hallaba conformado por ciertos juegos infantiles. Es curioso este afán nuestro, muy revelador de la edad que estábamos por entonces estrenando, de sintetizar el juego y la poesía, lo lúdico y lo imaginativo. Por fortuna nunca publicamos estos poemas-juego que eran esperpénticos y desorbitados. Tampoco lo hicimos, de lo cual me congratulo, con los llamados **"Noúmeno, el dinosaurio"** de Eduardo ni **"El poema de los cinco hombres"** mío. No fuimos tan cautos, en cambio, respecto a **Dimensión Imaginaria**, texto mío sobre el cuento de Pulgarcito que vio la luz en Cuadernos Americanos con ilustraciones de Salvador Elizondo y a La mala hora, libro de poemas poeticistas de Eduardo. La crítica nos recibió malhumorada y reticente, sin las posibilidades ni el deseo de entender lo que hacíamos. Hubo quien dijo que mi escrito sobre Pulgarcito no igualaba al cuento de Perrault, lo cual no sé si era una salida estúpida o mal intencionada. Es necesario confesar, no obstante, que sólo un crítico profundo y avezado podría haber advertido, en medio de la torpeza y el mal gusto, el balbuceo y el retorcimiento de nuestras creaciones de entonces, una cierta novedad y frescura

que se ocultaba en ellas y que, fecundada por nuevas experiencias y puntos de vista diversos, iría a florecer posteriormente. Pero ese tipo de críticos no existía en el México de entonces. En lugar de ello, no supimos sino de opiniones desdeñosas, despectivas y aplastantes. Esta reacción negativa de la crítica o, para poner las cosas en sus justos términos: de los pocos críticos que se ocuparon de nosotros, me dejó pensativo, me orilló a meditar en lo que había escrito hasta entonces y me hizo enmudecer durante mucho tiempo.

Esos fueron los años, por otra parte, en que Eduardo Lizalde y yo solicitamos nuestro ingreso al PCM y nos convertimos, enhoramala, en militantes del "realismo socialista", en un proceso político personal más parecido al de Paul Eluard y Louis Aragon que al de André Breton. Es de imaginarse las dificultades que tuvimos a partir de entonces para compaginar el poeticismo y el "realismo socialista". Algunos de los textos que escribimos y publicamos por aquellos años son la muestra más fehaciente no sólo de una inquietud poética que no halla la manera de expresarse, sino de un desgarramiento interior cada vez más acusado. Este fue otro de los motivos que me llevó a enmudecer. Con excepción de algunas plaquetas, dejé de publicar poesía de 1952 a 1972. De 1952 a 1962 escribí muy contados poemas. No así en los años subsiguientes. De 1962 a 1972 me convertí, por

así decirlo, en un poeta clandestino. Nadie o casi nadie sabía que el grueso de mi tiempo lo dedicaba a tañer la lira o a robarle su blancura a la hoja de papel. Pocos sospechaban que la "ponzoña lírica" de que hablaba mi abuelo había reactivado, en las sienas de mi corazón, su dinámica corrosiva. Mi amigo el poeta michoacano Ramón Martínez Ocaranza fue responsable, al inicio de los sesentas, de esta reanimación de mi actividad lírica. No puedo olvidar que en alguna ocasión me dijo, con el tono sugestivo, socarrón y penetrante que lo caracterizaba: "Profesor, ¿por qué no escribe un gran poema que sea el 'canto del cisne del capitalismo, así como la Divina Comedia lo fue del feudalismo?". Yo me reí de la ocurrencia y subrayé mi incapacidad para emprender tamaña empresa. Pero la verdad es que, a solas ya con mi almohada, me di a la tarea de pensar y repensar la proposición, la cual, atravesando por no sé qué galerías, húmedas y caliginosas, de mi inconsciente, acabó por convertirse en un reto. Diez años después publicaría *Para deletrear el infinito*, donde este hijo y nieto de poetas, entregado al safari de la poesía, halló, a la "hora del canto", que decía mi abuelo, finalmente su voz.

La crítica recibió mi libro de manera más o menos amable, entusiasta. No creo que haya sido, sin embargo, comprensiva. En cierto momento se llegó a decir que *Para deletrear el infinito* era

un libro importante. Aparecieron en diarios, suplementos dominicales y revistas alrededor de veinte notas bibliográficas. Pero tengo la impresión de que la mayor parte de ellas era más que nada el resultado de una cierta sorpresa ante el hecho de que un individuo que aparentemente había amordazado a su musa, publicara un volumen grueso de poesía que no podía haber sido escrito en poco tiempo. Creo, además, que muchos críticos, poetas y lectores (convencidos de que si nunca "segundas partes fueron buenas", mucho menos lo podrían ser "terceras partes") se asombraron de que mi trabajo tuviera cierta calidad y que no podía dejarse de lado sin más. Pero bien pronto empezó atildarse a mi libro (más en las veladas y reuniones literarias que por escrito) de pedagógico, obvio, discursivo, epítetos estos que no eran sino la variada expresión del rechazo político a una vocación poética que se había identificado con ciertos compromisos sociopolíticos evidentes. ¿De dónde provenía esta andanada de adjetivos? Lo descubrí muy pronto: de los grupos de poder literario en general y de algún "amigo mío" en particular. Este fue mi primer encuentro con las capillitas, mafias o cenáculos de cultura nacional. FALTA

MI SITUACIÓN EN LAS LETRAS MEXICANAS DE HOY

Estoy convencido de que todo artista espera el reconocimiento. No quiero decir que la motivación central del acto creativo sea la búsqueda del aplauso. Hacerlo así, llevaría al artista a despersonalizar su creación y rebajarla al gusto medio, mediocre, predominante en un momento. Pero todo creador piensa en un público, un receptor, un destinatario. Y en que este sujeto receptivo, sea quien sea, asimile, comprenda o sienta lo elaborado por él. Me parece evidente que Rulfo y Arreola, Chumacero, Sabines y Bonifaz Nuño, para no mencionar sino dos prosistas y tres poetas contemporáneos, gustan del reconocimiento. Y me parece que están en lo justo y que su deseo es perfectamente natural. Pero existen escritores que no sólo persiguen el reconocimiento sino que van en pos del poder. No me refiero aquí al poder político, al que se ejerce desde un alto puesto administrativo o un importante cargo partidario, sino al poder artístico, a la conformación de un centro decisorio que

determina quién es quién en la cultura nacional. Octavio Paz, verbigracia, no sólo es un amante del reconocimiento, sino un artista en el que, de manera patente, encarna el propósito de influir en la conformación de la fisonomía de nuestra cultura. No se contenta con el reconocimiento, el aplauso y la fama, sino que desea legislar y legisla sobre el arte y la literatura en México. Octavio Paz es el escritor alrededor del cual se ha estructurado en nuestro país un grupo de poder especialmente significativo y omnipotente. Un grupo de poder que además de dictaminar la valía, significación o importancia de ciertos artistas, y de excluir arbitrariamente a otros de toda consideración, extiende sus tentáculos interpretativos hacia el pasado (reconstruyendo la historia de la cultura nacional a partir de sus juicios y prejuicios) y pretende configurar el futuro a partir de las concepciones estéticas, filosóficas y políticas que le pertenecen. La conformación de mafias artísticas y literarias no es nueva, sin embargo, en el país. Si volvemos los ojos a lo que sucedía hace algunos años, para no remontarnos a tiempo atrás, podemos advertir que Alfonso Reyes era el puntal y el vértice de un grupo de poder literario que puede y debe ser mencionado como un antecedente del grupo de Paz. Me parece que salta a la vista, no obstante, una diferencia: mientras el grupo de Reyes era un monopolio literario, el de Paz es francamente una transnacional de la cultura. La aparición de las mafias literarias y artísticas no

es un accidente ni algo privativo de nuestro país. Su surgimiento puede ser explicado como la necesidad o la conveniencia de los artistas de integrarse en diferentes agrupaciones más o menos difusas, con el fin de obtener, a la mayor brevedad, el reconocimiento deseado. A semejanza de la economía política en que la libre competencia engendra el monopolio, los artistas en general y los escritores en particular, después de una etapa en que predominaba la libre competencia, y en que cada uno luchaba individualmente por imponerse, se agrupan en una suerte de monopolios culturales que les permiten asociar sus esfuerzos y salir victoriosos en la competencia. En el momento en que escribo estas líneas, y como lo he declarado en alguna entrevista, en el panorama literario mexicano se pueden vislumbrar tres mafias importantes: la que capitanea Paz, la que comanda Monsiváis y la que jefatura Jaime Labastida. La de Paz es no sólo una especie de multinacional literaria sino tiene un franco carácter interdisciplinario, ya que ejerce su influencia y poder en varias manifestaciones artísticas nacionales. De la misma forma en que, aunque el monopolio económico representa la negación de la libre competencia, no la destruye en la práctica del todo y coexiste con ella dentro de ciertos márgenes, los grupos de poder cultural no anulan la existencia de ciertos escritores o artistas que románticamente pretenden imponerse o ser reconocidos sin la necesidad de integrarse a una

capilla o a una élite artística. Se trata de los ingenuos. De quienes no comprenden que en el mundo actual (el mundo de la cibernética, las computadoras, los más media) es, si no imposible, de una gran dificultad obtener el reconocimiento, la fama, el elogio, si la lucha emprendida para lograr tal cosa ha sido una pugna individual. Se trata de los ingenuos, los ilusos, los despistados. O de quienes, como creo que es mi caso, ni tienen amor al poder cultural ni han querido nunca contraer compromisos que limiten su libertad de pensamiento y acción, aunque ello vaya en perjuicio de su fama. Soy un poeta del que se ha dicho que es muy conocido en México pero muy poco reconocido. Soy un apasionada en la lectura en voz alta de mi creación poética. Mis dos instrumentos de trabajo son la pluma y el micrófono. Soy uno de los poetas que más recitales ha dado a lo largo y a lo ancho de la República. La comunicación con el público a través de estas lecturas me resulta esencial. Los lectores de mis libros permanecen siempre en el nivel de la abstracción y la conjetura. Un auditorio de carne y hueso me descubre el destinatario real de los juegos licenciosos a que gusto entregarme con las musas. Pero no soy, no puedo ser un escritor reconocido porque no sólo no pertenezco a ninguna de las mafias literarias mexicanas, sino que he sido, soy y lo seguiré siendo un enemigo de todos esos grupos de poder literario. En los artículos, las antologías, los libros sobre la poesía mexicana

no aparece por lo general mi nombre, como ocurre asimismo con tantos otros literatos que, por ingenuidad, independencia o la razón que sea no pertenecen a las mafias. Muy pocos críticos se han ocupado de reseñar mis libros, ante el temor probablemente de comprometer su respecto a la obra de un escritor que, a pesar de hallarse al margen de las fábricas de gloria literaria, no deja de tener, como dice mi hijo Enrique, "una cierta fama clandestina". Es algo muy curioso advertir que frente a la escasez de estudios, exámenes o, por lo menos, notas bibliográficas sobre mis libros de poesía, hay un extraño apetito por parte de periódicos, secciones de cultura o suplementos, de entrevistarme. En los últimos años me han hecho más de... Falta

CUATRO

ANDANZAS FILOSÓFICAS

Para mí la práctica poética fue anterior a la reflexión sobre el quehacer lírico. La poesía me condujo a la poética, la poética me llevó a estudiar, de manera un tanto detallada y acuciosa, algunas de las obras clásicas de la estética y esta última me arrojó finalmente en brazos de la filosofía. Esta cadena poesía-poética-estética-filosofía la he recorrido varias veces al revés y al derecho. Pero poco a poco, al menos hasta cierto momento, han predominado los extremos de la cadena: soy un individuo que se dedica, de manera constante y apasionada, a la producción poética y a la construcción filosófica.

Fui educado, como la mayor parte de mis compatriotas, dentro del catolicismo. Pero, a diferencia de mi abuelo (que recibió una instrucción religiosa severa), el catolicismo que conocí y asimilé de niño era una religión imprecisa y laxa. En realidad viví con mis padres sin tener preocupaciones místicas. Asocio la idea religiosa con mis temores infantiles. Los miedos a la oscuridad, a lo

desconocido, a los “seres de ultratumba” se hallaban vinculados de tal manera con la religión, tal como la vivía, que formaban unidad con ella. Cuando abandoné las creencias religiosas, lo cual ocurrió en los primeros años en que viví con mi abuelo, desapareció de golpe y para siempre el temor a todo ese espectro de fantasmas que turbaban mi ánimo infantil. Poco después, me volví jacobino y libre pensador.

La primera filosofía sistemática que me atrajo fue el kantismo. Leí por mi cuenta, y no sin trabajo, La crítica de la razón pura y me asomé a las otras dos Críticas, y en compañía de un primo mío (Renato Iturriaga, hijo de mi tío Pepe) los Prolegómenos completos. Hubo un tiempo en que todo lo veía a través de los juicios sintéticos a priori, las formas a priori de la sensibilidad, la analítica trascendental, los paralogismos de la razón pura, etc. Tras de Kant, me interesaron los postkantianos (en la medida en que, por las pocas traducciones existentes, podía tener acceso a ellos): más Fichte que Schelling y más Hegel que Fichte. A Schopenhauer y a Nietzsche no los leí sino mucho tiempo después, como también a Husserl, Scheler, Hartman y Bergson.

La segunda filosofía con la cual me sentí identificado fue la existencialista, muy en boga cuando yo tenía 23 o 24 años. Leí con asiduidad a Kierkegaard, Heidegger, Sartre, Merlau-Ponty, Marcel, Lavelle, Abbagnano y otros. Pero Sartre fue mi pasión. Me entusiasmé no sólo con su obra literaria –la cual con el tiempo ha dejado de producirme el mismo efecto-, sino también con sus escritos fenomenológicos y sus ensayos literarios. El ser y la nada fue un libro que me hizo compañía durante meses. El instrumental filosófico a partir del cual intentaba interpretar las cosas ya no fue el kantismo y la filosofía clásica alemana. Deje de hablar del espacio y el tiempo como formas a priori de la sensibilidad, de los conceptos y categorías, de la apercepción o de la síntesis de la reconocimiento, y en lugar de ello empecé a utilizar nociones como el cogito pre-reflexivo, la situación y la facticidad, la realidad humana o la pasión inútil de ser en si-para sí, etc. ¿Por qué le fui infiel al idealismo alemán y preferí de pronto el existencialismo francés? No tengo una respuesta definitiva. Probablemente dicho cambio tuvo que ver con un cierto “apetito de concreción” que satisfizo en mí, en una etapa determinada de mi vida, la filosofía existencial. Se trataba de un desplazamiento de la razón a la existencia, de las abstracciones frías y deshumanizadas a los problemas cotidianos –el proyecto, la elección, la mala fe- del individuo. No comprendí en aquel momento que mi “conversión filosófica” del idealismo al

existencialismo no era un ir de lo abstracto a lo concreto, sino de una forma de la abstracción a otra. Pero de la misma manera que mi “hambre de realidad” o mi “apetito de concreción” me hizo pasar de Kant a Sartre, idéntica motivación me llevó a descubrir, y a convertir en mía, una tercera manifestación filosófica: el marxismo. Dicho de manera harto esquemática, pero indicadora de mis preocupaciones, podría afirmar que pasé de la razón al individuo y del individuo a la sociedad.

En la primera década de los cincuentas, dio mucho que hablar en México el puñado de filósofos que, con el nombre de “grupo Hyperión”, se organizó alrededor de Leopoldo Zea, quien fue también mi maestro. Formaban parte de esta corriente Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Joaquín Sánchez MacGrégor y Fausto Vega. Ricardo Garibay y Jorge López Páez formaban, por así decirlo, la “rama literaria” del grupo. Ricardo Garibay no tenía empacho en estimar a Uranga como el “Sócrates mexicano” y a él mismo como “su Platón”, puesto que “Emilio es más filósofo de la palabra oral que de la escrita”.

Yo me sentí atraído desde un principio por este grupo que se dedicaba al deporte especulativo de hacer la “ontología del

mexicano”. Y me consideraba feligrés inconfesado de los “hyperiones” porque el método que ellos empleaban para hablar de “lo mexicano” no era otro que el del existencialismo fenomenológico en general y el existencialismo sartreano en particular.

Mi fe existencialista se empezó a tambalear cuando Joaquín Sánchez MacGrégor, por quien sentía –y sigo sintiendo- mucha admiración y afecto, dio de pronto un viraje y sin decir “agua va” se hizo marxista e ingresó al Partido Comunista Mexicano. Esto nos dejó perplejos y pensativos a Eduardo Lizalde y a mí.

Por aquel entonces (hablo del año de 1953) ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras. Le debo a Henrique González Casanova, con el que siempre mantuve buena amistad, mi incorporación a la facultad de Filosofía y, en cierto modo, haber cursado mi carrera. Recuerdo que González Casanova me dijo un día: “oye, Enrique, si todo el día te la pasas leyendo libros de filosofía, si te sientes en la discusión sobre temas filosóficos como pez en el agua, ¿por qué no te inscribes en la Facultad de Filosofía y como quien no quiere la cosa, es decir, leyendo ordenadamente lo que lees o

piensas leer de manera desordenada, te conviertes al cabo de algunos años en maestro o doctor en filosofía?”. Henrique no necesitó insistir demasiado en su sugerencia para convencerme. A los pocos días de la plática que sostuve con él, me inscribí en la Facultad e inicié unos estudios que culminaron con mi obtención del grado de maestro en filosofía en 1959. En realidad no sólo terminé la maestría, sino también el doctorado, porque pagué todos los créditos que se exigían para su cumplimiento. No hice nada, sin embargo, ni pienso hacerlo, para presentar una tesis y optar por el grado de doctor en filosofía. El combustible de mi “impulso escolar” me alcanzó para conquistar la maestría. Una vez lograda ésta, se me acabó por completo la fuente de energía y no pienso volver a las andadas.

En el primer año de la Facultad (que había abandonado su antiguo recinto de “Mascarones” para trasladarse a la recién inaugurada Ciudad Universitaria), mi tendencia filosófica proseguía siendo el existencialismo. M., mi amor de entonces, me decía: deja el famoso existencialismo, no tiene la menor importancia. Vuelve los ojos, en cambio, al marxismo. Ahí está la verdadera filosofía.

Le debo a Eli de Gortari, de manera indirecta, y a Lenin de modo directo, mi encuentro con el materialismo filosófico y la concepción marxista. En la clase de lógica dialéctica (creo que ese era el nombre de la materia), que impartía de Gortari, éste me sugirió, en el primer semestre de 1953, que hiciera un comentario sobre Materialismo y empiriocriticismo de Lenin. Yo sentía desde muy joven simpatías por las tesis sociopolíticas del marxismo, aunque no había tenido la oportunidad de entrar en un conocimiento profundo de ellas. Toda mi vida he sido antiimperialista y durante muchos años fui un decidido y apasionado defensor de la Unión Soviética. Pero, de la misma manera que me atraía el marxismo “político”, me producía cierto desinterés el marxismo “filosófico”, el cual interpretaba –sin conocerlo a fondo, desde luego-

como un realismo vulgar, ese realismo que, a mi entender, había enterrado Kant de una vez por todas. Mi primer contacto con la obra de Lenin fue desastroso. Conservo todavía el ejemplar de Materialismo y empiriocriticismo que leí por entonces, y los primeros capítulos están llenos de notas marginales mías, desdeñosas e irónicas, por el “primitivismo teórico” de que adolecía, creía yo, el opúsculo de Lenin. Aún Más. No pude terminar la lectura del libro y lo dejé más o menos a la mitad. En el segundo semestre, de Gortari volvió a la carga y me conminó a

que leyera el libro de Lenin hasta la última página, como paso previo para hacer un trabajo crítico. Casi al final del libro en cuestión, me ocurrió que, ante la forma machacona, insistente, reiterativa de argumentar de Lenin, me dije de pronto a mí mismo: “Enrique, independientemente de las limitaciones académicas que pudiera tener este texto, se plantea el problema de que si se le da preeminencia al ser material sobre la conciencia se es materialista y si se le da primacía a la conciencia sobre el ser material se es idealista. Tú, ¿qué eres? ¿Cómo te defines? Le di vueltas y vueltas a la pregunta. Sentí que se trataba de un interrogante al cual no se podía dar una respuesta frívola, puramente especulativa o para salir del paso, sino una contestación equivalente a una definición vital. Y me dije, como me sigo diciendo, “soy, a no dudarlo, materialista”, con todas las implicaciones que ello acarrea. “Debo trabajar el tema, examinarlo, quitarle todo planteamiento simplista, pero, al margen de todo, no soy un individuo que piense que la conciencia (o Dios) precede y funda al ser en su conjunto. No. Soy, de la manera más resuelta, un materialista en el sentido filosófico del término.

En la actualidad –escribo estas líneas en diciembre de 2013 y tengo 85 años- puedo decir, volviendo los ojos al pasado, que

mi posición filosófica ha ido sufriendo algunos cambios que siento necesario puntualizar y esclarecer. Cuando, allá en mi juventud, adopté el marxismo-leninismo como mi filosofía, lo hice sin reservas, in totum, de manera un tanto acrítica. Años después, al caer en cuenta de que la concepción del mundo, la sociedad y el pensamiento que había asumido, contenía algunos vacíos y limitaciones de importancia, pensé erróneamente que el marxismo debía ser considerado como una teoría entre otras, sin conferirle una preeminencia definitiva y totalizadora. Hablé entonces de la necesidad de que dicha concepción estableciera un diálogo con otras teorías, hipótesis e investigaciones científicas para lograr una noción más íntegra y sintetizadora. El marxismo debía acercarse a diversos discursos, surgidos independientemente de él, y aplicados a los más diversos niveles de la realidad, que poseían una incuestionable validez científica, como el psicoanálisis, la lingüística, la teoría de la relatividad y la física cuántica, la genómica, etc. Mi idea era tender un puente entre el marxismo y cada una de estas prácticas que habían llevado el conocimiento en cada una de sus especialidades a niveles insospechados. Mi concepción de este diálogo y su finalidad no era el de acceder a una conjunción ecléctica de los discursos, lo cual me parecía y me parece artificioso y proclive a caer en el desfiladero de la confusión y la incoherencia, sino como la

búsqueda del espacio discursivo en que las teorías podían coincidir, amalgamarse y conformar un todo armónico. A esta síntesis entre las diferentes disciplinas le di el nombre de sincretismo productivo, práctica metodológica en lucha permanente por lograr una síntesis interdisciplinaria que combatiese tanto el aislamiento de los discursos, como el afán ecléctico de unificación que resulta improductivo. El eclecticismo es, decía, la prehistoria (improductiva) del sincretismo productivo. En mi propia producción teórica, intenté, entre otras producciones, establecer un sincretismo productivo entre el marxismo y el anarquismo, lo cual dio como resultado la teoría de la clase intelectual, que juega un papel importante en mi filosofía y que trae consigo consecuencias sustanciales en varios aspectos. También traté de hacer lo mismo entre el marxismo y el psicoanálisis, lo que me permitió hablar de la pulsión apropiativa y sus formas que, a mi entender, arroja luz en cuestiones fundamentales para la comprensión de la vida del hombre en sociedad y el papel que juega en ella el poder. Asimismo me propuse llevar a cabo un sincretismo productivo entre la teoría económica de Marx y algunos economistas contemporáneos que ponen el acento en los terciarios (el comercio y los servicios) lo que me llevó a proponer la tesis de que, en la actualidad, no sólo hay mercancías-producto, sino mercancías-circulación y mercancías-

servicio y que, por consiguiente, la plusvalía o el trabajo impago domina toda la economía capitalista de nuestro tiempo. Estos intentos de realizar el sincretismo productivo se hallan documentados en diversas de mis obras, pero especialmente en el libro intitulado Marcha hacia la concreción.

En la actualidad, he tornado a darle al marxismo el papel relevante que, salvo en cierto momento, siempre ha tenido en mi concepción del mundo. Ahora estoy convencido de que no es un discurso entre otros, sino que es la auténtica filosofía, la concepción materialista y dialéctica que debe “fagocitar” todos los nuevos descubrimientos científicos y combatir con denuedo contra las permanentes interpretaciones idealistas y metafísicas que, frecuentemente, y hasta en voz de sus propios investigadores, acompaña a la práctica científica, desvirtuando nuestra visión de la realidad y de los nuevos datos alcanzados por la investigación.

EL INFIERNO EN EL CEREBRO

Padezco desde los once o doce años de migraña. Es una maldición que he tenido que llevar a costas toda mi vida. *No pocas veces me la he imaginado como un monstruo o vestiglo que me espera a la vuelta de la esquina para arrojarse, en el momento menos pensado, contra mí.* El ataque de la bestia es siempre igual: sin anunciarse, me da su zarpazo y me instala en la crisis. La dolencia realiza, minuciosamente, a partir de ese momento, todas las fases del proceso: como protocolo necesario (necesario a tal grado que una “buena” migraña es impensable sin este prelude) se presenta el aura, la cual puede ser descrita preámbulo de estrellas malignas, geometría nefanda y ornamentación nauseabunda. Se inicia al centro de la vista, casi insensiblemente, como una ruptura insignificante de no sé qué. En la realidad objetiva, en mi afuera, parece haber un coágulo esplendente que introduce en las leyes naturales una escandalosa infracción. Después se adueña de mi entero campo visual y hace que todas las cosas –los muebles, el cielo, los árboles, las personas- empiecen a danzar, a perder sus contornos, a ser zarandeados por la tempestad eléctrica. Las grecas y los haces luminosos, al acercarse al extremo de los ojos, se van nublando hasta desaparecer del todo. El aura es, ciertamente, una suerte de visita a una exposición pictórica de

cubismo, geometrismo, expresionismo abstracto. Una vez desaparecida el aura, se presenta, como estado de transición, un vendaval de penumbras. Si tengo la valentía de abrir los ojos, aparece un mundo oscurecido con algunos temblores residuales que se van disipando a la manera en que, como en los huracanes o en el tercer movimiento de la Pastoral, los truenos y relámpagos, antes en su apogeo, se retiran de puntillas con uno que otro encolerizamiento evanescente. Entonces hace acto de presencia, al hallarse el “infierno en mi cerebro”, un dolor de cabeza que dura horas, una jaqueca que me retuerce, siento, las neuronas y ensarta en un hilo de pus mis reflexiones. Esta melodía repugnante necesita, sin embargo, una armonización. Y ahí está la náusea para servirle de bajo continuo. En este momento los sentidos se agudizan. Veo más y mejor que nunca. La luz se trueca en omnipotencia delincuente. Mi oído se afina y toda música se transmuta en fluir de estridencias. Mozart se convierte en Stravinsky y Stravinsky en ruido. Mi capacidad olfativa crece inesperadamente: siento percibir hasta el olor del techo.

A veces, en este estado físico, me da por escribir poemas. Y me siento con una extraña facilidad para hacerlo, como si en medio de la tortura en vez de gritar se cantara. La náusea por fortuna se

me convierte en vómito, un volver el estómago en que siento deshacerme de todas mis entrañas. El vómito me fatiga tanto que me dan ganas de dormir. El sueño es, como siempre, la seda acogedora, el bálsamo, la reconciliación con la vida. Pero el dolor de cabeza no me deja. La almohada tiene la consistencia de una roca. En su interior guarda, como un alfiletero, mil formas de agredirme. Por último, cuando la cabeza se hace una con la almohada, sobreviene el sueño. Cierto que durante algunos momentos hay en mi interior oleadas de negrura, como si el cerebro aspirara y expirara una especie de atmósfera caliginosa, desesperante. Pero de pronto pierdo la conciencia y la migraña sede el sitio a la dulce, suave, melodiosa serenidad. E intentado combatir de cien maneras la migraña –la medicina alopática, la homeopática, la acupuntura, la indiferencia-; pero ninguna ha podido eliminar a la alimaña, al erizo en pie de guerra. No me queda, por eso, sino la resignación y decir, como lo he confesado,

alma mía, completa tu odisea de oxígeno,

continúa tu viaje

redondo por la brújula,

y, cargando la cruz de tu migraña,

persigue sin desmayos un viacrucis

que ya desde el camino te va crucificando.

Ahora, ya muy entrado en la tercera edad, la cefalea, sin desaparecer, se ha vuelto más benigna y piadosa con su víctima. Desaparece con analgésicos leves y algún somnífero eficaz. El poeta dice: "Es la estrategia de mi cuerpo para hacerme descansar". Y aunque su aparición es cíclica –por ejemplo cada quince días aproximadamente- ya no es vivida por él como una tragedia. Claro que lo obliga a retirarse, guardar cama y a no cumplir en ocasiones con compromisos contraídos y actividades preestablecidas y deseadas, pero lo que él llamaba la bestia ya no da zarpazos sino golpeteos que engendran molestias más que sufrimientos, incomodidades más que episodios de dolor insoportable.

MÁS DE FILOSOFÍA

Tras de la filosofía kantiana y existencial vino, pues, el marxismo. Se puso a leer a Marx, Engels, Plejanov, Lenin, Trotsky, relativamente muy tarde: cuando contaba 23 ó 24 años. Fue, sin embargo -lo sigue siendo-, un estudioso ferviente y sistemático de las obras de los clásicos del socialismo. Aproximadamente de 1953 a 1972 se dedicó al análisis cuidadoso y al examen detallado de las tesis fundamentales del materialismo histórico y del materialismo dialéctico. Leía y releía ciertos pasajes, subrayaba, hacía fichas, redactaba resúmenes, cotejaba lo dicho en un libro y lo afirmado en otro. Durante casi veinte años no hizo otra cosa, desde el punto de vista teórico, que dedicarse sistemáticamente al estudio del marxismo. Se consideraba a sí mismo como un eterno discípulo de Marx y de los otros grandes representantes de esta escuela. Creía tener vocación por la ortodoxia y no se atrevía a volar con sus propias alas. La lectura de Louis Althusser modificó, no obstante, su actitud: lo sacó no sólo de su “sueño dogmático” sino que lo llevó a comprender que, en medida importante, su relación con el marxismo se parecía a la relación del creyente con su fe. Aunque no se lo haya explícitamente formulado de esta manera, creía que la verdad, toda ella, residía en las obras de Marx, Engels y Lenin. Consecuencia de esta velada convicción fue el que se dedicara a

pensar las cosas no a pensar las cosas con sus entendederas, sino a tratar de asimilar, comprender, procesar lo que aquellas “cabezas geniales” habían pergeñado previamente. Cuando, por ejemplo, se tropezaba con un “cabo suelto”, un “vacío” o algo que le parecía francamente erróneo o dudoso en alguna de las obras de sus maestros, en lugar de tratar de investigar por su cuenta a qué se debían tales limitaciones, se dedicaba a la ingrata tarea, propia de toda erudición barata de buscar interpretaciones favorables, hacer remiendos y echarle la culpa, no a sus “deidades” teórico-políticas, sino a su ignorancia o su mala comprensión de los textos. A la sobrevaloración de los mentores correspondía, por consiguiente, una clara subestimación subjetiva. Si su historia poética se inicia en realidad con el libro *Para deletrear el infinito*, publicado en 1972 (y todo lo que escribió antes, incluyendo los poemas poeticistas, puede considerarse como su *prehistoria lírica*), su historia filosófica comienza con un pequeño texto intitulado ***Para leer a Althusser***, publicado el mismo año (y todo lo que igualmente redactó con anterioridad puede ser considerado como su *prehistoria filosófica*). No es este el lugar para mostrar pormenorizadamente las opiniones que le merecen hoy en día las obras de Althusser. Conviene, sin embargo (sobretudo tomando en cuenta que muchos lo consideran, para bien o para mal, un epígono del marxista europeo) dejar en claro que si bien Althusser fue para él

un teórico que lo ayudó de manera esencial a desembarazarse de la ortodoxia paralizante del pasado, no se le convirtió nunca, y mucho menos ahora, en un nuevo mito al que hay que rendir pleitesía, cantar loas y volverlo el sacerdote de una nueva, torpe y hasta ridícula ortodoxia. En realidad, Althusser se une al grupo de teóricos marxistas y no marxistas que le han auxiliado para acceder a la investigación *filosófica y política* o, si se quiere, de filosofía política a la que se dedica con especial fervor.

LA CLASE INTELECTUAL

Me quiero detener en un punto central de mis disquisiciones. Soy por los cuatro costados o por donde se me quiera ver un intelectual. Siempre he tenido sus privilegios y sus limitaciones. Jamás he carecido real y efectivamente de algo que llevarme a la boca. No soy ni he sido una persona de grandes recursos económicos; no desciendo de la burguesía grande ni de la pequeña. Tampoco me visto nunca en la necesidad de desempeñar una labor física para ganarme la vida. Pertenezco, pues, a la clase media intelectual. No soy ni burgués ni obrero. No vivo de mis propiedades ni de mi trabajo físico. Soy alguien que ha podido sobrevivir, sin demasiadas escaseces, valido del “capital cultural” que me legó mi abuelo y que he tratado con paciencia de acrecentar. Y no sólo he vivido en términos generales a expensas de mis conocimientos y mi instrucción (principalmente como maestro), sino que durante buena parte de mi existencia he sostenido, consciente o inconscientemente, la ideología propia de la intelectualidad. La jerarquía de valores que he sostenido en mi fuero interno durante años no se basaba en considerar, como lo hacen los capitalistas y los aspirantes a serlo, el poder económico como el bien supremo, como el dios al

que hay que sacrificar la vida personal, los escrúpulos, el honor. Más bien me sentí durante algunos años como miembro y defensor de una aristocracia de la cultura, la inteligencia, el espíritu. La pirámide social estaba constituida, a mi entender, no por la cúpula del poder económico, por un lado, y por la base de los menesterosos, los humillados y ofendidos, por otra (como quieren, en sentido apologético, los burgueses, y en sentido crítico los socialistas), sino por la cúspide de la meritocracia intelectual, de un lado, y por el basamento de los ignorantes, sean burgueses o proletarios, del otro. Si hay alguien que conozca al monstruo intelectual, es el que esto escribe, porque vive y ha vivido inmerso en sus entrañas. Sé del egoísmo de los intelectuales, de sus envidias, de su competencia feroz, de sus inseguridades, y más que nada sé de su vanidad, de su creerse persona de excepción, de su hambre insaciable de aplausos y reconocimientos, de su falsía y, con frecuencia, de su mediocridad. No he sido una excepción: he compartido los valores, los patrones de conducta, las actitudes y la pedantería que dominan el mundillo de los intelectuales, de los grandes y los pequeños.

También conozco, por mi militancia política, las opiniones y los desplantes públicos y privados, de los intelectuales

“revolucionarios” o de la “clase política” de izquierda, que, con las debidas excepciones, se sienten salvadores del mundo”, “depositarios de la verdad”, “líderes de las masas”.

No me resulta claro detectar con precisión las razones psicológicas, conscientes o no, que, en un momento dado, en una etapa determinada de mi vida, me llevaron de pronto a la necesidad de diferenciarse de mi entorno intelectual, de negar sus valores, prescindir de su concepción de la vida, rechazar su ideología. Sentí el impulso no sólo de poner una distancia entre el intelectual común y mi personalidad, sino de combatir-combate en el que, lo sé, no he podido salir totalmente victorioso- al intelectual que siempre he sido. Estoy convencido de que el intelectual normalmente tiene acceso al conocimiento, puede con cierta facilidad allegarse la información y la metodología indispensables para conquistar un punto de vista más o menos válido sobre tal o cual fenómeno natural, social o individual; pero soy asimismo de la opinión, y la experiencia me lo corrobora incesantemente, que lo que se le dificulta enormemente al intelectual es su autognosis, su desdoblamiento en sujeto y objeto. No voy a tratar en este sitio, en esta parte de mis memorias, la teoría de la clase intelectual, tal como la he expuesto en otros libros y ensayos. No me voy a referir a los

fundamentos socioeconómicos de dicha tesis. Quiero aludir, en cambio, a las motivaciones que me condujeron a formular la hipótesis primero y la teoría después de que la intelectualidad constituye una clase social sui generis.

La Academia de Historia del CCH de Vallejo me encargó en 1974 la redacción de un texto sobre teoría de la historia que respondiera a las necesidades académicas del plantel. Una parte importante de este libro, que salió a la luz con el título de Teoría científica de la historia, debía estar dedicada a la exposición del materialismo histórico. Recuerdo que después de haber expuesto la ley de la correspondencia o no de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, la tesis de la estructura y la supra-estructura y algún otro tema, pasé a tratar el problema de las clases sociales. Hablé del capital, del trabajo y de los “sectores intermedios” que giran en torno a los dos agrupamientos sociales básicos de la sociedad que nos ha tocado vivir. Inmediatamente después de haber redactado lo precedente, escribí: “la intelectualidad en el capitalismo no constituye, desde luego, una clase social”. Y estaba dispuesto a explicar con detenimiento tal cosa (basándome en Gramsci y, peor tantito, en el bagaje de ideas, lugares comunes y nociones vulgares que privan sobre este asunto en el marxismo

doctrinario) cuando no sé qué diablillo surgido de mi interioridad me detuvo la pluma y me formuló con todas sus letras esta pregunta: “¿qué ocurriría si consideráramos a la intelligentsia como una clase social sui generis? ¿Qué consecuencias, positivas o negativas, traería aparejada la tesis de que los intelectuales no son ni capitalistas ni obreros sino una tercera clase interpuesta entre unos y otros? Y me di a la tarea de dar respuesta a este interrogante. Si primeramente mi reflexión sobre los intelectuales estaba destinada a demostrar, con una argumentación seria y profunda, que la caracterización hipotética de ellos como clase social carecía de base teórica y representaba o podía representar una desviación sociopolítica, ocurrió que el diablillo al que he hecho referencia se salió con las suyas y, tras de clavármela saeta de la duda a mitad del cerebro, me condujo, de modo gradual e imperceptible, a la afirmación contundente, sin lugar a equívocos, de que los intelectuales en el capitalismo (y no sólo en este régimen) conforman una clase social particular. Tan clase como los dueños de los medios de producción o los trabajadores manuales, aunque con una serie de características específicas que la distinguen de las otras dos clases. Ampliar el alcance o la extensión de un concepto es una operación que no ofrece dificultades. Entender por clase social no sólo los dueños o no de los medios materiales de la producción, sino de los detentadores o no de los medios

intelectuales productivos, no resulta complicado. Pero bien podría ser -y desde el principio fui consciente de un peligro tal- que se tratara de un juego conceptual inútil y pernicioso. Sin embargo, caí en cuenta bien pronto de que considerar a los intelectuales como una clase social particular, arrojaba verdaderos raudales de luz para entender de mejor manera el mundo actual. Hubo pues en mí una pugna interior, una lucha cuerpo a cuerpo entre dos porciones de mi alma, en torno al problema de si convenía hablar o no de una clase intelectual. Una parte de mí se oponía a ello: se trataba de mi facción anímica conservadora, marxista-leninista, partidaria del dogma de las “dos clases”, en una palabra, del ángel custodio de mi ser mismo en cuanto intelectual y todos los privilegios que encubre tal categoría. Otra parte de mí mismo, parte que fue ganando terreno o ganando espíritu, como se quiera, se inclinaba a revelar la existencia de dicha clase y sus prerrogativas, sus ventajas, sus privilegios y más que nada su futuro. La denuncia de la clase intelectual implicaba, al menos tendencialmente, una especie de suicidio o desclasamiento; sentir que el piso en que yo, este intelectual, tenía fijos los pies, se tambaleaba, perder la inocencia, dejar de una vez por todas la convicción de la aristocracia del talento, la inteligencia y la cultura y caer en cuenta de que, por el hecho de ser intelectual, pertenecía a una clase social con una comunidad de intereses, más o menos

solapados, frente a la burguesía, pero también contrapuestos, lo que es más significativo, al proletariado manual.

El recibimiento inicial que se hizo a mis ideas (que no carecen, desde luego, de antecedentes) fue de incompreensión, burla y escarnio. Hubo un maestro universitario que llegó a decir: “EGR ha inventado una “nueva clase” para que se hable de él, para hacerse de una personalidad de la que carece”. La reacción de mis camaradas militaba entonces en uno de los grupúsculos espar-taquistas- no fue, en general, más benévola y receptiva. La verdad es que, de golpe y porrazo, me sentí de pronto como el Doctor Frankenstein de Mary Shelley. Pero mi criatura, mi homúnculo, no era un ente formado como un rompecabezas de órganos, extremidades, nervios y tendones de multitud de cadáveres, sino una suerte de, por así decirlo, monstruo teórico. En El tercer Ulises, uno de los poemas de Para deletrear el infinito aludo a lo que acabo e decir del modo siguiente:

Mi invento más reciente

es un extraño engendro conformado

con pedazos de libro, con neuralgias

ajenas, con silencios suspensivos,
con tinteros encinta,
con pesadillas, lógica y audacias.

Y más adelante:

Ya comienzan los niños y dementes
a tirar su andanada de guijarros
en pos de mi criatura.

Ya los murmuradores hacen su inicial
asambleas de escopetas.

Ya se ha dado a oler a los perros sabuesos
un poco de su angustia.

Pero él, oh camaradas,
empieza a dar sus primeros pasos,
sus pinitos de existencia.

No tengo la pretensión de ser, que quede bien claro, el primero y único en caracterizar a los intelectuales como una clase social (dominada-dominante) en el capitalismo y no como una casta o un estrato de alguna de las dos clases fundamentales. Hay muchos y muy variados antecesores y teóricos contemporáneos, de preferencia anarquistas y marxistas que, con diferentes matices, arribaron a conclusiones similares en este punto a las que he llegado. LO que, sin embargo, parece un hecho es que el autor de estas líneas es el primero en México (y quizás en Latinoamérica) que ha trabajado sobre el concepto de clase intelectual, sus fundamentos teóricos y sus implicaciones históricas y políticas. Y también el primero que ha convertido a los intelectuales tecno-burócratas en objeto de denuncia:

Yo soy aquel que tajaba el lápiz,
el que sacaba punta al numen manuable,
el que levantaba en vilo
la musa de mi pluma
fuente de mis palabras todas,
el que arrugó papeles y papeles hasta
hacer de su cesto

la fe de erratas de mi casa.

Tajaba el lápiz

para prender la mecha en cualquier

esquina del orden

existente...

Mas hoy, encima de mi mesa,

al centro de mi alcoba,

al fondo de mi estado de ánimo,

no basta,

al tajar mi lápiz,

no basta, no,

no basta

con estudiar la anatomía de la hiena,

fumigar la saliva del insecto,

denunciar las colonias de la náusea,

no basta con darle a oler a mi canto sabueso

una prenda de ese blanco.

No basta. No. No basta.

Hay que tajar ahora el lápiz

para señalar a aquel que goza

de la cuenta bancaria de “su” Hegel,

para apuntar al accionista

de Descartes...

al que tiene un título de propiedad privada

de “su” Marx y “su” Lenin.

Yo soy aquel que taja el lápiz

para llevar al cadalso

también a este enemigo.

Oh manos de todos los países, uníos.

Hay que guillotinar al individuo

que pretende tener el monopolio

del espíritu gris en su cerebro.

EL TERCERO DE LOS ENRIQUES

Por ahí ronda una opinión sobre los “tres Enriques” que, habiéndome producido malestar al conocerla, después me ha parecido pintoresca y chistosa. Se dice: “Enrique González Martínez es un gran poeta; Enrique González Rojo es un buen poeta y Enrique González Rojo Arthur es un poeta, mediocre”. La exposición de esta ley del decrecimiento del talento poético de los González se suele rematar de una manera verdaderamente graciosa al sentenciarse: “tuércele el cuello al nieto de engañoso plumaje”. A quien sostiene este punto de vista que atenta contra mi buena salud, me gustaría ponerle al tanto de una circunstancia que podría venirle como anillo al dedo a sus pretensiones,, si homicidas, de excelente orientación estética. Dado mi conservadurismo en lo que se refiere a la vestimenta, soy un hombre que no deja de usar nunca una corbata. De diferentes colores, sí, pero sin abandonarla nunca, o casi. Mañana, tarde y noche uso corbata. Si hace frío, cargo con ella. Si hace calor, lo mismo. Si estoy en la ciudad, mi cuello mantiene, a partir de un nudo conformado dentro de los cánones del más estricto clasicismo, el chorro de seda, de lana o de cualquier tela común y corriente de mi imprescindible ornamento. Si voy al

mar, y para escándalo de todas las personas sensatas, cargo provocadora, valientemente mi irrenunciable y consabido aditamento. En algunas ocasiones, y lo digo sin incurrir en exageración, hasta duermo con la corbata puesta. Esta es la circunstancia que me gustaría que tomara en consideración quien ha urdido ciertos peligrosos designios contra mi cuello. Para torcerme el cuello nada más sencillo que asirme de la corbata, apretarla con decisión y esperar a que mi corazón desgrane sus últimas palabras.

Pero “¿por qué uso corbata”? Cuando se me pregunta tal cosa, y ello ocurre con frecuencia, respondo siempre igual: “Es que la corbata es el único lazo que me ata a mi generación”. He roto, en efecto, con las costumbres, los valores, la hipocresía y el oportunismo de las gentes de mis años y de mi clase social. Quienes me conocen, quienes saben de mis ideas contestatarias, impugnadoras y hasta con sus ribetes de subversivas, se sorprenden de que el propagandista de la Revolución Articulada use corbata, que el denunciador de la clase intelectual no abandone nunca el saco y que el defensor de la revolución sexual y familiar se vista de acuerdo con los convencionalismos más tradicionales. En realidad cargo corbata y me visto como me visto por desidia o por la ley del menor esfuerzo. Hay quien gusta

de oponerse al medio ambiente mediante la vestimenta estrafalaria, el vocabulario, el cabello extra largo o las barbas de chivo. Contra lo cual no tengo nada. Yo he preferido hacerlo en mis escritos y en mi vida. Es un problema de jerarquías, en la cual la forma de vestirme ocupa un lugar secundario. Mi manera de vestir (el característico traje de intelectual o de maestro, la corbata que se mueve como un péndulo en el pecho) me ha acarreado ciertas dificultades dentro de la militancia política. Mis camaradas me han criticado con frecuencia el que asista a reuniones de campesinos o de obreros con la indumentaria “pequeñoburguesa” de siempre. Si lo sigues haciendo así, me dicen, pones el acento en tu diferencia con ellos y fomentas la desconfianza que normalmente aparece en la gente humilde respecto a los intelectuales. Yo le doy en algo la razón, pero les replico de la manera más tajante que no estoy dispuesto a disfrazarme de obrero o de campesino, como mis compañeros de izquierda suelen hacerlo para ganarse la confianza de los trabajadores manuales por medios artificiales y tortuosos. No quiero ocultar mi extracción de clase (mi carácter intelectual) frente a la gente del pueblo para ejercer sobre ella un vanguardismo solapado. No quiero ser como un político izquierdoso, a quien conocí en el norte del país, que ocultaba su biblioteca para que los proletarios no se dieran cuenta de que era un intelectual. El desclasamiento comienza por no ocultar la

clase a la que se pertenece. Es mi convicción y una cuestión de principios.